

# Las cicatrices del paisaje y la ética de la metáfora

## scars on the landscape and the ethics of metaphor

This article questions the aesthetically focused vision of the landscape by reconsidering the metaphors which are usually used to support it. Instead of the idea of a scar as the result of an intervention which is supposedly separate from the system and which must be rectified, another idea is proposed: the mark itself is a symbol of the landscape's dynamics. This idea requires a complete understanding of the system, which must also include the intervention project and its results. Responsible projects are required, based on a good knowledge of the geographical and diachronic realities of the landscape. Also put into question are the ethics behind the contemporary outlook which uses aesthetic metaphors and which lies behind many of today's harmful landscape interventions.



texto text: ignacio español echániz  
profesor titular de paisaje  
universidad politécnica de Madrid  
professor of landscape architecture  
technical university of madrid

Este artículo cuestiona la visión esteticista del paisaje a partir de la revisión ética de las metáforas sobre las que suele apoyarse esa visión. Ante la idea de cicatriz como producto de una intervención que se supone ajena al sistema y que ha de ser subsanada, se propone otra idea de referencia: la marca que es la seña de identidad de las dinámicas propias del paisaje. Esta idea nos obliga a mantener un entendimiento completo del sistema, un entendimiento que abarca incluso al propio proyecto de intervención y a sus resultados. En realidad, se reclaman proyectos responsables que estén basados en el conocimiento geográfico y diacrónico de la realidad concreta del paisaje. También se cuestiona la ética de la mirada contemporánea que parte de metáforas esteticistas y que es la que, en la actualidad, gobierna las nefastas intervenciones en el paisaje.



### Un territorio fragmentado

Olivia Stone viajando por la isla de San Miguel de La Palma se sorprendió de la dureza de los profundos barrancos de la isla. Se quejaba del esfuerzo que se requería para atravesarlos, había que descender hasta el fondo y volver a subir al otro lado con mayor esfuerzo aún, salvando en algunos casos profundidades de más de 800 metros. El paisaje del norte de esta isla está quebrado por estas profundas cicatrices que no son otra cosa que el resultado de grandes fracturas volcánicas en su base. El agua de las lluvias agrandó estas fisuras con su erosión al discurrir por su interior abriéndolas (Imagen 1). En la piel de la corteza terrestre, hay arañazos más sutiles pero no por ello menos relevantes. Las migraciones de las poblaciones de herbívoros del norte al sur de la Península Ibérica dejaron su cicatriz, su traza, un rasgado sutil que muchos podrían decir que ya existía, sobre los itinerarios que van de los pastos de verano a los pastos de invierno.



Imagen 1. El Barranco de Fuentes (La Palma).  
Picture 1. Fuentes Ravine (La Palma).

Por si había alguna duda, las comunidades primitivas marcaron estas rutas siguiendo a los ganados libres que eran su alimento y, mucho después de ellos, los colonizadores romanos empedraron algunos de estos caminos con sus calzadas: ¿cauterizaron así la herida que habían ido dejando otros antes que ellos, con una nueva cicatriz empedrada y dura?

Una cicatriz es el resultado de una herida, estas fracturas y trazas no hicieron daño a nadie, simplemente sucedieron. De hecho, en los dos casos citados, fueron importantes recursos

de vida. En los barrancos de La Palma, se cobijaron los bosques de Laurisilva del terciario que habían desaparecido en todo el continente europeo, pero en esta isla, sobrevivieron a cuatro glaciaciones y a cuatro calentamientos entre ellas. Luego, en el interior de esta gran cicatriz volcánica, encontraron refugio los pueblos esclavizados que fueron llevados a la isla para poblarla. Los barrancos en sus paredes tienen abrigos que se habitaron durante siglos y, en sus desembocaduras, los arrastres forman bajas marinas donde era fácil encontrar alimento: moluscos, crustáceos y peces. Son cicatrices de vida, no de heridas.

### Sentido y ceguera.

Otras cicatrices que son marcas quedan en el paisaje que nos hablan de su condición dinámica (un sitio que no siempre fue así, ni lo será en el futuro), de su condición espacial (un sitio que está junto a éste y lejos de aquél, que se quiebra, posee sus propias formas de vida y ha sido sólo en parte moldeado por los que por allí pasaron) y, en fin, de su condición vital (un sistema que nos mantiene vivos) y de su condición concreta (este sitio real, no ese, ni aquel, tampoco el que tú puedas imaginar a tu libre capricho, sino el que es y no otro). A gran escala, la falla de Thingvellir parte vistosamente Islandia en dos

(Imagen 2). En el ámbito regional, una línea de castillos medievales corona las cimas de la Sierra Morena (Imagen 3). Al alcance de la mano, la Centaurea de Somiedo, una herbácea única en el mundo, crece en las paredes calizas de las que mana el agua dura, plena de cal (Imagen 4). Son cicatrices de distintas dimensiones y alcance marcadas en el paisaje. Lejos de ser cicatrices, heridas ya inertes, recuerdan más a heridas abiertas que siguen ejerciendo su influjo (¿sangrando quizás?, ¿infectándose a lo mejor?) sobre esa gran piel vital que es el territorio, en sus grandes piezas, en sus lugares y en sus pequeños rincones. Estas heridas tienen su propia vida, su propia dinámica. La dorsal transoceánica que se raja de norte a sur a todo lo largo del Océano Atlántico, aparece en Islandia, en Thingvellir, un lugar mágico, donde los antiguos, sin intervenir sobre ella, se reunían a disolver sus diferencias. La línea fronteriza del pasado de Sierra Morena que refuerzan los castillos medievales es mucho más que la cicatriz de una leyenda épica medieval, conserva su carácter de barrera geográfica que con gran esfuerzo atraviesa la línea de ferrocarril de alta velocidad de Madrid hacia Sevilla. La caliza disuelta en el agua dura de las surgencias de Somiedo, se deposita sobre las hojitas de la Centaurea y



Imagen 2. Vista de frente la falla de Thingvellir (Islandia) se muestra como una pared emergente de roca a todo lo largo del paisaje (Foto D. de Santos).  
Picture 2. Seen straight on, Thingvellir fault (Iceland), appears as a wall of rock emerging across the entire landscape (Photo D. de Santos).

### A fragmented territory.

Olivia Stone, when travelling around the island of San Miguel de la Palma, was surprised by the island's harsh, deep ravines. She complained of the effort that was required to cross them, walking down to the bottom and then up the other side, with even greater effort, in some cases covering depths of over 800 metres. The landscape in the north of this island is broken by these deep scars which are nothing more than the result of large fractures at the base of a volcano.

Rainwater expanded these cracks, eroding them from inside and opening them up (picture 1). On the skin of the earth's crust, there are scratches which are more subtle but no less relevant. The herbivorous populations of the Iberian Peninsula, when migrating from north to south, left their mark, their scar, a subtle tear that many might say already existed, along the routes that run from their summer grazing lands to those of winter.

Just to make sure, primitive communities also marked these routes by following the wild cattle that were their food, and, much later, Roman colonists laid some of these paths with stones: in so doing, were they not cauterizing the wound that had gradually been caused by those before them, with

a new scar that was hard and stony?

A scar is the result of a wound, and these fractures and marks did nobody any harm – they simply happened. In fact, in both cases, they were important life-giving resources. In the ravines of La Palma, laurel forests took shelter: a third had disappeared across Europe, but on this island, they survived four periods of glaciation and warming between them. Then, the slaves who were taken to the island to populate it found refuge inside this great volcanic scar. The walls of the ravines contain shelters that were inhabited for centuries and, at their mouths, marine life made it easy to find food: molluscs, crustaceans and fish. These are scars of life, not of wounds.

### Sense and blindness.

Other scars that are marks left on the landscape tell us something about its dynamism (a place that wasn't always like this, nor will it be in the future), its spatiality (a place that is close to somewhere and far from somewhere else, which breaks up, possesses its own forms of life and has only partially been shaped by those who have passed through it) and, finally, its vitality (a system that keeps us alive) and its uniqueness (this real place, not that one, nor

that other one, or any other place you might dream up yourself, but what it is and nothing else).

On a large scale, the Thingvellir fault spectacularly divides Iceland in two (Picture 2). Regionally, a line of medieval castles crowns the summits of the Sierra Morena mountain range (Picture 3). And at arm's reach, Centaurium Somedanum, a unique herb, grows on the limestone walls from which hard water with a high chalk content springs (Picture 4).

These are scars with differing dimensions and reach, but which all mark the landscape. Far from being scars, wounds that have become inert, they are more reminiscent of open wounds that continue to exercise their influence (bleeding perhaps?, or maybe they are infected?) on the great skin of life that is the earth, in its great pieces, its places and its little corners. These wounds have their own life, their own dynamics. The transoceanic spine, which cuts all the way across the Atlantic Ocean from north to south, appears in Iceland in the form of Thingvellir, a magical place, where the ancients, without intervening on it, used to meet to resolve their differences. The past frontier of the Sierra Morena, reinforced by medieval castles, is much more than the scar of an

epic medieval legend: it maintains its role as a geographical barrier, now crossed – with considerable effort – by the high speed railway link between Madrid and Seville. The limestone dissolved in the hard water of the Somiedo upwelling is deposited on the leaves of the Centaurium, delicately and patiently creating a building of solid rock. Imperceptible production lines involving biomass and energy link these scars together, passing strength and vitality from one mechanism to another (space) and keeping the system alive and functioning (time). These are immense forces which would go unnoticed were it not for the way they display their results, their open wounds. Among the most spectacular of these results are the great diversity of living organisms (biodiversity), and the great number of ways in which they are collectively put to use (cultures), all of which can be seen in their shapes, the scars (marks?) that they left or leave on the landscape.

The overall effect of all this is presented to us as an exciting sensation, something that Westerners recently – just a few centuries ago – decided to call landscape. They did so in a distanced, aestheticising way, as if they did not belong to this fascinating world laid out before them, but they



Imagen 3. El castillo de Calatrava La Nueva, Ciudad Real (Foto I. Español).  
Picture 3. Calatrava La Nueva Castle, Ciudad Real (Photo I. Español).



Imagen 4. Ejemplares de Centaurium somedanum cubiertos de material tobáceo en una surgencia cárstica (Foto I. Español).  
Picture 4. Centaurium somedanum plants covered in matter



Imagen 5. Paisaje cárstico del occidente asturiano. (Foto I. Español).  
Picture 5. Karst landscape in the west of Asturias (Photo I. Español).



Imagen 6. Si seguimos produciéndolos, los residuos de las ciudades tienen que acabar en alguna parte, ¿en un espacio natural? (Foto I. Español).  
Picture 6. If we continue to produce it, the waste from cities has to end up somewhere. In a natural space? (Photo I. Español).

delicada y pacientemente construye un sólido edificio de roca. Imperceptibles cadenas de producción de biomasa y energía ligan estas cicatrices, unas con otras, traspasan fuerza y vitalidad de un mecanismo a otro (espacio) y mantienen el sistema vivo, en marcha (tiempo). Son fuerzas inmensas que pasarían desapercibidas sino no fuera por cómo manifiestan sus resultados, sus heridas abiertas. Uno de sus más vistosos resultados es la gran diversidad de organismos vivos (biodiversidad), y la gran cantidad de maneras colectivas de aprovecharlos (culturas) que ha producido, resultados todos estos que se nos muestran con sus formas, las cicatrices (¿marcas?) que dejaron o que dejan en el paisaje.

were part of it too. The sensation combines the real forms that are there, often hidden or incomplete, with the way in which we appreciate them, understand them and make them our own, - our interpretation. It combines the shapes of the earth with our vision, and is neither sterile nor innocent. The mechanisms of relief, the processes of a biocoenosis and the actions of different cultures, often without distinction, form a complex network of scars interwoven in the landscape. Having an effect on this does not mean planning from the outside. It simply means forming part of this living, interactive system which has its own dynamics (Picture 5).

### Metaphor, understanding and reality.

Forms and the way they are perceived interact: our vision has intentions which may or may not be responsible, and forms have meanings which are not immediately obvious, which need to be deciphered. There are realities that we would prefer not to see. We would like to think that the continual urban expansion of our cities improves the lives of the people living there, that it does not deteriorate our environment, that it does not take life away from it, chaining its inhabitants to the motor car and robbing them of their time. But this is not the case, for behind what we want to see, inevitably, is what we really see.

We would like to forget the never-ending accumulation of all kinds of waste that we create every day, that ends up being piled in the crater of a volcano or in the heart of a natural space. We would like to look and not to see it, forget its repercussions, the way it filters poisons into the earth, the way it attracts opportunistic species and destroys the weaker ones; to cover it up, introducing the necessary vegetation and presenting it as a place where nothing has happened (Picture 6). This is what we would like. But it is a self-interested, distanced, irresponsible approach. We can fool ourselves, we can build striking metaphors which synthesise what we accept and



Imagen 7. Las torres de oficinas de Madrid, agujas clavadas en la cicatriz urbana, icono del paisaje urbano congestionado, privatizado para beneficio de unos pocos (Foto I. Español).  
Picture 7. The office towers of Madrid, needles driven into an urban scar, symbol of the congested urban landscape, privatised for the benefit of the minority (Photo I. Español).



Imagen 8. La concentración del consumo de energía, agua y biomasa en un solo punto recae sobre territorios que deben proporcionar estos recursos desde grandes distancias (Foto I. Español).  
Picture 8. The concentration of energy, water and biomass consumption in one place has consequences on the territories which must provide these resources from a great distance (Photo I. Español).

put what hurts us to one side. We can believe that the great vertical developments rising defiantly in our cities are works of art that are worthy of praise (Picture 7), that with a single intervention, an auditorium or a spectacular bridge, we are activating forces of renewal in the fabric of the urban landscape; we can naively presume that the resources that keep the great tourist-based concentrations of the coast afloat appear from nowhere, that the waste produced goes nowhere (Pic-

ture 8). These are mistaken, malicious metaphors. We would like to think that space does not exist, that it is geometrical, flat, inert, a blank page to be designed on by a mind free of any limitations, free of all responsibility. The flexibility of new materials helps us, while the great capacities of diggers serve us blindly (Picture 9); we are pushed along by the drive of businesses with no conscience (Pictures 7, 8, 9 and 10); the childish dreams of clients stimulate us, but space

is heterogeneous, diverse, connected, interactive and variable (the shady part will always be colder than the sunny part, despite our dreams). What we do here has repercussions elsewhere, even if this is only because we move from here to there.

We would like to think that time does not exist, that everything is static, immobile, lifeless, that nobody ever faced the same problems that we face, that things were always this way, that what we have today

El conjunto se nos presenta como una sensación emocionante, lo que los occidentales recientemente, hace tan sólo unos siglos, dieron en llamar el paisaje. Lo hicieron de una manera distanciada y estetizante, como si no pertenecieran a aquel mundo fascinante que se presentaba ante ellos, pero también ellos eran parte de aquello. Una sensación en la que se combinan las formas concretas que están ahí, a menudo incompletas o escondidas, con la manera que tenemos de apreciarlas, entenderlas y hacerlas nuestras, la mirada. Una sensación, esta del paisaje que combina las formas del territorio con nuestra mirada y, que no es ni aséptica, ni inocente. Los mecanismos del relieve, los procesos de la biocenosis y la acción de las distintas culturas, a menudo sin diferenciarse, componen una compleja red de cicatrices entrelazadas en el paisaje. Incidir en ellas no es proyectar desde fuera, es sólo formar parte de ese conjunto vivo e interactivo que tiene su propia dinámica (Imagen 5).

### Metáfora, entendimiento y realidad.

Las formas y la mirada interactúan, la mirada tiene intención, puede o no ser responsable, y las formas significados que no son conspicuos, que hay que desentrañar.



Imagen 9. La urbanización de El Cuco (Cantabria) aplanan los montes para abrir paso a su espacio neutro y llano (Foto K. Mazarrasa).  
Picture 9. El Cuco housing development (Cantabria) flattens the hills to make way for its neutral, flat space (Photo K. Mazarrasa).



Hay realidades que nos gustaría no ver. Nos gustaría pensar que la continuada expansión urbana de nuestras ciudades mejora la calidad de vida de los ciudadanos, que no deteriora el territorio, que no le arrebató la vida y encadena a sus habitantes para siempre al automóvil, robándoles su tiempo.

Pero no es así, detrás de lo que veremos está lo que inevitablemente vemos. Nos gustaría olvidar ese cúmulo de desperdicios de todo tipo que generamos todos los días, que acabamos acumulando en el cráter de un volcán o en el corazón de un espacio natural. Nos gustaría mirar y no verlo, olvidar la repercusión que tiene, como infiltra tóxicos en el terreno, como atrae especies oportunistas y éstas aniquilan a las frágiles, cubrirlo, maquillarlo, introducir la vegetación que debiera y presentarlo como un lugar donde no ha pasado nada (Imagen 6). Nos gustaría. Esa es una mirada interesada, distanciada, irresponsable. Nos podemos engañar, podemos construir llamativas metáforas que sinteticen eso que aceptamos y que dejen aparte lo que nos duele. Podemos creer que los grandes desarrollos verticales que surgen desafiantes en nuestras ciudades son obras de arte

dignas de elogio (Imagen 7), que con una intervención puntual, un auditorio o un vistoso puente, activamos fuerzas renovadoras en los tejidos de un paisaje urbano, asumir ingenuamente que los recursos que mantienen las grandes concentraciones turísticas de la costa aparecen de la nada, que sus residuos generados en ese punto van a parar a ninguna parte (Imagen 8). Son metáforas equívocas y malintencionadas.

Nos gustaría pensar que el espacio no existe, que es geométrico, plano, inerte y en blanco, dispuesto a ser dibujado por una mente libre de toda limitación, libre de toda responsabilidad. La flexibilidad de los nuevos materiales nos avala, las capacidades de las palas excavadoras nos sirven ciegas (Imagen 9), el impulso de los negocios sin conciencia nos dirige (Imágenes 7, 8, 9 y 10), los sueños infantiles del cliente nos estimulan, pero el espacio es heterogéneo, diverso, encadenado, interactivo y variable (el lado de sombra siempre será más frío que el de sol, al margen de nuestros sueños). Lo que hacemos aquí repercute allí aunque sólo sea por que vamos de acá para allá.

Nos gustaría pensar que el tiempo no existe, que todo es estático, inamovi-

ble, sin vida, que nunca antes nadie se enfrentó a nuestros mismos problemas, que aquello siempre fue así, que lo que tenemos hoy va a durar para siempre tal y como se nos presenta en la actualidad, pero el tiempo nos hace cambiar, regularmente cada día y poco a poco todo el tiempo.

Nos gustaría pensar que todo vale, que podemos plantear una idea con cualquier metáfora, que vale con que sea sonora, emocionante, diferente y creativa (una fractura volcánica como una cicatriz). No es así, no todos los símiles valen, algunos esconden lo más importante ingenuamente, admiran, por ejemplo, la belleza plástica de este o aquel paisaje ignorando su verdadera realidad, otros lo hacen malintencionadamente ("Ya es primavera en el Corte Inglés!", "La república independiente de mi casa", "La imaginación es el principal recurso del ser humano").

Hay una inevitable responsabilidad en el mundo de las ideas, pues traducen sus intenciones y su moralidad, aunque éstas se escondan, sólo sean implícitas o se pretenda que no están.



Imagen 10. Adosados en cualquier parte. La expansión urbana condensa a sus ciudadanos a la dependencia del automóvil (Foto I. Español).

Picture 10. Rows of houses which could be anywhere. Urban expansion condemns city residents to dependence on their cars (Photo I. Español).

will last forever just as it is now, but time makes us change, regularly each day and little by little all the time. We would like to think that anything goes, that we can put forward any idea using any metaphor, that it is enough

for it to be resonant, exciting, different and creative (a volcanic fracture like a scar). This is not the case. Not all similes work. Some, ingenuously, hide what is most important, admiring the artistic beauty of this or that

landscape, unaware of its true reality. Others do so maliciously ("Spring is here in El Corte Inglés!", "The independent republic of my house", "The imagination is the most important resource that humans have").

There is an inevitable responsibility in the world of ideas, as they carry with them intentions and morality, even when they are hidden, left implicit or not intended to be there.